

tisfacción, lo leía todo, lo veía todo, seguía siendo un conocedor experto y un distinguido literato. Fueron cinco horas deliciosas aquellas cinco horas que pasamos de aquel modo en aquel florido y retirado rincón que se halla entre París y Versalles, y que, sin embargo, está muy alejado de todo ruido político. Parece que Gambetta opinaba como yo, porque ocho días después de aquel almuerzo á la sombra de los árboles, se compraba una casa de campo en Ville d'Avray.



HISTORIA DE MIS LIBROS

NUMA ROUMESTAN

Cuando comencé esta historia de mis libros, en la cual habrá habido quien vea cierta fatuidad de autor, pero que á mí me parece la verdadera manera original y distinguida de escribir las memorias de un hombre de letras en el margen de su obra, confieso que sentía gran placer. Hoy mi satisfacción no es tanta. En primer lugar, la idea ha perdido mucho sabor al ser utilizada por varios colegas

míos, y no de los menos ilustrados. Después hay la invasión, cada vez más grande, del alto y del bajo noticierismo, el tumulto y la polvareda que éste levanta alrededor de la comedia ó del libro, en forma de detalles anecdóticos que un escritor que no es pontífice ni gruñón, se deja arrancar de buen grado. Por eso mi tarea autohistórica se ha hecho más difícil; me han descalzañado un calzado fino que yo no quería ponerme más que de tarde en tarde.

Es bien cierto, por ejemplo, que todo lo que han escrito los periódicos hace algunos meses, á propósito de la comedia sacada de *Numa Roumestan* y puesta en escena en el Odeon, esa curiosidad y ese reclamo me han dejado muy poco interesante que decir acerca de la historia de mi libro, y me han puesto en peligro de ser un machacón. De todos modos, me ha ayudado á destruir de una vez su leyenda, propagada por personas que ellas mismas no la creían, de que Gambetta estaba oculto bajo Roumestan. ¡Como si eso fuera posible: como si, habiendo querido hacer un Gambetta, hu-

biera podido nadie equivocarlo ni aun bajo la máscara de Numa!

La verdad es que durante años y años, en un diminuto cuadernito verde que tengo á la vista, lleno de notas apretadas y de intrincados tachones, bajo el título genérico *El Mediodía*, he resumido el país donde nací, clima, costumbres, temperamento, el acento, los gestos, frenesí y ebulliciones de nuestro sol y esa ingenua necesidad de mentir, que proviene de un exceso de imaginación, de un delirio expansivo, charlatán y bondadoso, que se parece muy poco al frío mentir, perverso y calculado, que encuentra uno en el Norte. Esas observaciones las he hecho en todas partes; en primer lugar en mí, que siempre me sirvo á mí mismo de unidad de medida; en los míos, en mi familia y en los recuerdos de mi niñez, conservados gracias á una extraña memoria, en la cual toda sensación se marca, se estereotipa en cuanto la memoria la experimenta.

Todo eso, anotado en ese cuaderno verde, desde las canciones del país, esos proverbios y locuciones, en los cuales se

retrata el instinto de un pueblo, hasta la manera que tienen de pregonar el agua fresca los aguadores, y los gritos de los vendedores de acerolas en las ferias de los pueblos, hasta los gemidos de nuestras enfermedades, que la imaginación aumenta y repercute, casi todas nerviosas, reumáticas, causadas por ese cielo de viento y de llama que os devora el meollo y os derrite todo el ser como si fueseis de caña de azúcar; anotados están hasta los crímenes del Mediodía, explosiones de pasión, de violencia de borracho, de borrachos sin beber, que despistan y asustan la conciencia de los jueces que han nacido bajo otro clima, que se vuelven locos en medio de aquellas exageraciones, de aquellas extravagantes declaraciones de los testigos, las cuales no saben cómo apreciar. De ese cuaderno he sacado *Tartarin de Tarascon*, *Numa Roumestan*, y más recientemente *Tartarin en los Alpes*. Hay ahí otros libros meridionales en proyecto, fantasías, novelas, estudios psicológicos: Mirabeau, el marqués de Sade, Raousset-Boulbon y el *Enfermo imaginario*, que

de seguro trajo Molière de aquella tierra. Y hasta hay historia, si he de creer á un ambicioso renglón que veo en el cuadernito: *Napoleón, hombre del Mediodía: sintetizar en él toda la raza.*

Sí por cierto. El día en que la novela de costumbres me fatigue por la estrechez del cuadro en que ha de moverse, en que experimente la necesidad de esparcirme á más distancia y á más altura, he soñado eso, dar la dominante de esa existencia prodigiosa de Napoleón, explicar aquel hombre extraordinario con esta sencilla frase: *el Mediodía*, en la cual no ha pensado nunca toda la ciencia de Taine. El Mediodía pomposo, clásico, teatral, aficionado á la exterioridad, á los trajes vistosos, á los penachos, á las banderas desplegadas y á las músicas estruendosas. El Mediodía familiar y tradicional que tiene de Oriente la fidelidad al clan y á la tribu, la afición á las golosinas y ese incurable desprecio hacia la mujer, que no le impide ser apasionado y voluptuoso hasta el delirio. El Mediodía, cariñoso, mimoso, con su elocuencia, arrebatado y luminoso, pero sin co-

lorido, porque el colorido pertenece al Norte, con sus cóleras pasajeras y terribles, exageradas y siempre un poco fingidas hasta cuando son sinceras, en las cuales hay algo de trágico y de cómico; tempestades del Mediterráneo: diez pies de espesor sobre un poco de agua muy tranquila. El Mediodía, supersticioso é idólatra, que olvida fácilmente los dioses en la agitación de su vida de salamandra en su hoguera, pero que recuerda sus oraciones de la infancia tan luego como se ve amenazado de enfermedad ó de desgracia. (Napoleón de rodillas, rezando á la puesta del sol, sobre la cubierta del *Northumberland*, oyendo misa dos veces por semana en el comedor de Santa Elena.) Sobre todo, y por encima de todo, es gran característica de la raza, la imaginación, que ningún hombre de acción ha tenido nunca en proporciones tan grandes. (Egipto, Rusia, el proyecto de conquistar las Indias.) Tal es el Napoleón que quisiera yo retratar en los principales actos de su vida pública y en el pormenor de su vida íntima, dándole en calidad de comparsa, como Bompard que

imitase y exagerara sus gestos y sus fantasías, á otro meridional, á Murat, de Cahors, el pobre y valeroso Murat, que se dejó ahorcar por haber querido intentar tener él también su poquito de regreso de la isla de Elba.

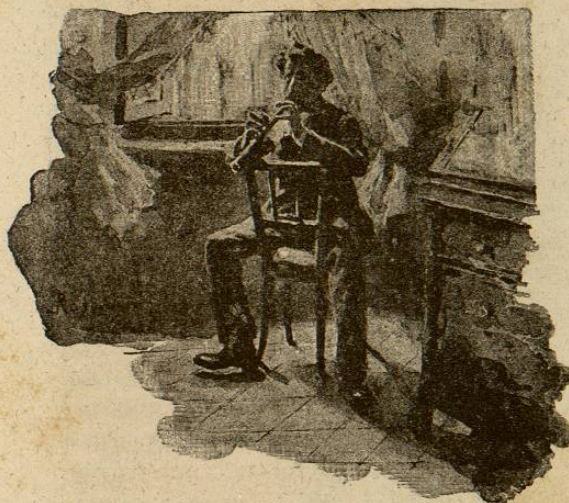


Pero dejemos á un lado el libro de historia, que no he hecho y que acaso jamás tenga tiempo de escribir, y hablemos de esa novela *Numa*, que ya tiene algunos años y en la cual han creído verse retratados muchos paisanos míos, aunque cada uno de sus personajes se compone de piezas y retazos. Uno solo, y, como era de esperar, el más ridículo, el más

inverosímil de todos, ha sido tomado del natural, estrictamente copiado; es el quimérico y delirante Bompard, meridional silencioso, comprimido, que se manifiesta haciendo explosión, y cuyas invenciones pasan de la raya, porque falta á ese visionario la prolijidad de palabra y de escritura que es nuestra válvula de seguridad. Ese tipo de Bompard se encuentra con frecuencia en nuestra tierra, pero yo no he estudiado más que el mío, amable y cariñoso compañero, con quien algunas veces tropiezo en el boulevard, y el cual no se sintió mortificado á la aparición de *Numa*, porque como tiene un montón de novelas en el magín, le falta tiempo para leer las de los demás.

Del tamborilero Valmajour, algunos rasgos son verdaderos, por ejemplo, el relato de que se *le ocurrió la idea de perfeccionar el pito una noche...* recogido palabra por palabra de sus propios ingeniosos labios. Ya he dicho en otro sitio la burlesca y lamentable epopeya de aquel infeliz que mi querido amigo, el gran poeta Mistral, me envió un día con esta carta: «Te mando á Buisson; es tam-

borilero: guíalo.» Y la innumerable serie de malos pasos que dimos Buisson y yo, en los salones, en los teatros y en los conciertos de París. Pero la verdad que



no pude decir mientras vivió, por miedo á mortificarlo, puedo decirlo hoy que la muerte ha roto su tamboril y llenado de negra tierra los tres agujeros de su flautín, es ésta: Buisson no era un verdadero tamborilero; era un pobre burgués

del Mediodía, que tocaba el clarinete en una banda de música municipal, y que para distraerse había aprendido y perfeccionado el manejo del tamboril y del pito, tradicionales en las fiestas campesinas de Provenza. Cuando llegó á París el infeliz, no sabía tocar ni un solo baile popular en nuestra tierra. Su repertorio se componía de la sinfonía del *Caballo de bronce*, del *Carnaval de Venecia* y del *Juan de las Viñas*, todo ello brillantemente ejecutado, pero falto de acento para tratarse de un tamborilero garantizado por Mistral. Yo le enseñé algunos villancicos de Saboly, *San José me ha dicho*, *Quiquiriquí*, *canta el gallo* y los *Pescadores de Cassis*, las *Hijas de Avignon* y la *Marcha de los Reyes*, que Bizet instrumentó algunos años después, de una manera magistral, para nuestra obra *La Arlesiana*. Buisson, que era un músico bastante bueno, escribía aquellas canciones, las estudiaba de día y de noche en su cuartucho de la calle Bergère, causando la desesperación de sus vecinos, á quienes aquella música ratonera sacaba de sus casillas. Una vez en disposi-

ción, lo dejé en libertad por la ciudad, y su extraña manera de pronunciar el francés, su tez bronceada, sus espesas cejas negrísimas, tan espesas y abundantes como sus bigotes, y además surepatorio exótico, engañaron hasta á los meridionales que vivían en París, quienes lo tomaron por un verdadero tamborilero. Pero ¡ay! que ni esa equivocación le sirvió para alcanzar éxito.

Tomado del natural, aquel tipo me pareció complicado, sobre todo como figura de segundo término, por lo cual la simplifiqué para mi libro. Cuanto á los demás personajes de la novela, repito que



todos, desde Roumestan hasta la pequeña Audiberta, están tomados de muchos modelos; y como dice Montaigne, «compuestos de muchos retazos.» Lo mismo digo de la ciudad de Aps, en Provenza, pueblo natal de Numa, la cual edificué con fragmentos de Arlés, de Nimes, de Saint-Rémy, de Cavaillon, tomando de una las Arenas, de otra las viejas callejuelas, á la italiana, estrechas y mal empedradas, como si fueran cauces de torrentes secos, con su mercado de los lunes establecido á la sombra de los plátanos que rodean el pueblo por todas partes; y de unas y de otras, esas anchas carreteras provenzales, bordeadas por grandes arroyos, cubiertas de caldeado polvo que rechina bajo las ruedas de los carros, y el viejo molino, al que tantas veces fui allá cuando tenía veinte años, con mi capisayo de lana siempre á la espalda. La casa donde he supuesto el nacimiento de Numa es la que yo viví cuando tenía ocho años, en la calle de Séguier, enfrente de la Academia de Nimes; la escuela de los hermanos, donde imperaba por el terror el ilustre Bota-

cuero, con su férula mojada en vinagre, es la escuela á que yo asistí en niñez, los más lejanos recuerdos que conserva mi memoria. «Los primeros pájaros,» que dicen los provenzales.

Ahí tenéis el armazón bien sencillo, como puede verse á primera vista, de ese *Numa Roumestan*, que me parece el menos incompleto de todos mis libros, aquél en el cual más me he mostrado tal cual soy, en el que más inventiva he puesto, en la acepción aristocrática de la palabra. Lo escribí en el verano de 1880, en la Avenida del Observatorio, por encima de los magníficos castaños del Luxemburgo, árboles gigantescos cuajados de flores blancas y color de rosa, atravesados por los gritos de los chiquillos, por las campanillas de los vendedores de chucherías y por el estrépito de las músicas militares. Su redacción no me produjo cansancio alguno, como sucede con todo lo que brota del manantial. Fué publicado primeramente en la *Ilustración*, con dibujos de Emilio Bayard, que era vecino mío, pues vivía en la otra acera de la Avenida del Observatorio.

Muchas veces en semana, por las mañanas, iba á instalarme en su estudio, le explicaba mi personaje á medida que iba escribiéndolo y hablándole, comentando el Mediodía para que lo comprendiese aquel parisiense hasta la medula de los huesos, el cual no sabía de aquella tierra más que «lo del gascón á quien iban á ahorcar» y las cancioncillas compuestas por Levassor.

¿No es verdad, amigo Bayard, que le representé á usted el Mediodía, y se lo canté, é imité los ruidos que produce la gentes en las corridas de toros, y las luchas de hombres, y los cánticos de los penitentes en las procesiones? ¿No es verdad que á usted y á uno de sus discípulos lo llevé á beber Cartagena y á comer barquillos á la calle de Turbigo, á una tienda que se titula «A los productos del Mediodía»?

Publicado por la casa Charpentier, con una queridísima dedicatoria, que siempre me ha dado buena suerte, y que debería figurar á la cabeza de todos mis libros, la novela tuvo éxito. Zola le hizo el honor de dedicarle un estudio halagador

y cordial, en el que sólo me reprocha, por lo inverosímil, el amor de Hortensia. Le Quesnoy y otros también me han criticado lo mismo por lo que se refiere al tamborilero; y, sin embargo, si hubiese yo de escribir otra vez el libro, no renunciaría á ese efecto de espejismo en aquel



aima vacilante y ardiente, víctima también de la IMAGINACIÓN. Preguntan que ¿por qué tísico? ¿por qué esa muerte sentimental y romántica, esa manera tan fácil de entretener al lector? ¿Que por qué? Pues porque uno no es dueño de su obra; porque durante su gestación, cuando la idea nos tienta y nos persigue, mézclanse á ella mil cosas recogidas, dragadas no se sabe de dónde, al paso, al azar de la

vida, como hierbas que se enganchan á las mallas de una red. Cuando yo pensaba en *Numa*, me mandaron á las aguas de Allevard; y allí, en las salas de inhalaciones, veía jóvenes semblantes, estirados, hundidos, arrugados; oía pobres voces sin timbre, apagadas, toses broncas, seguidas siempre de un movimiento furtivo para limpiar con el pañuelo ó con el guante la manchita de sangre que asomaba á los labios. De todas esas pálidas apariciones impersonales, ha resultado una en mi libro, á pesar mío, y con ella el aspecto melancólico de aquel punto de baños medicinales, que ha sido trasladado sin saber cómo á mi novela.

Numa Baragnon, mi paisano, ex ministro, ó poco menos, engañado por una semejanza de nombres, fué el primero que se creyó aludido en Roumestan y protestó enérgicamente... Pero luego una leyenda, que vino de Alemania, el torpe reclamo de un editor de Dresde, reemplazó el nombre de Baragnon con el de Gambetta. No he de volver á ocuparme de esa estupidez; no hago más que afirmar que Gambetta, no sólo no lo creyó,

sino que fué el primero en reirse de semejante cosa.

Comiendo una tarde en casa de nuestro editor, me preguntó si el «cuando no hablo, no pienso,» de Roumestan, era una frase fabricada ú oída por mí.

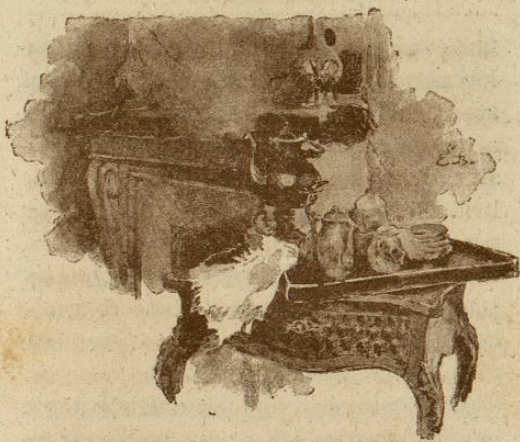
—De pura invención, mi querido Gambetta, le dije.

—Pues bien, me contestó; esta mañana, en Consejo de Ministros, uno de mis compañeros de Gabinete, que también es del Mediodía, de Montpellier, nos ha declarado *que no pensaba más que hablando...* Decididamente, la frasecilla es de aquella tierra.

Y por última vez oí una de aquellas francas carcajadas propias de él.

No todos los meridionales dieron pruebas de tan buen sentido como Gambetta. *Numa Roumestan* me valió anónimos furibundos, casi todos fechados en ciudades y pueblos del Mediodía. Hasta la sociedad de los felibres se enfureció conmigo. Versos leídos en plenas sesiones de aquella Sociedad, me llamaban renegado y malhechor, y qué sé yo cuántas cosas más me decía un soneto en proven-

zal del viejo Borelly. ¡Y yo que había contado con mis paisanos para demostrar que no había ni caricaturado ni mentido! Al contrario; preguntadles, hasta ahora mismo que ya se ha apaciguado su cólera, á los más exaltados, los de la parte extrema de nuestras provincias meridionales, y se pondrán muy serios y muy formales para contestaros: «¡Oh, todo eso es una pura exageración!»



LOS FRANCO-TIRADORES

Escrito durante el sitio de París.

La otra noche tomamos el té en casa del escriban de Nanterre. Y empleo con gusto esa palabra anticuada de *escriban*, porque viene como de molde al saborcillo á la Pompadour del bonito pueblo donde florecen muchachas premiadas con